

Los muros, no solo de Pompeya y Herculano, sino de las más de las ruinas romanas, están todavía cubiertos de esos dibujos trazados por mil manos distintas, de autores desconocidos, de vagos, de niños, quizá de malhechores que con un carbon, con un clavo, han grabado en las paredes y las tapias las ideas que los animaban, y una de esas ideas en la Roma cancerada por la tiranía, y la corrupción su compañera inseparable, era el odio profundo á la doctrina predicada por el Cristo.

Conócense en Italia aquellos dibujos entre los arqueólogos con el nombre de *graffitti*, y alguno de ellos es importantísimo en el estudio de la caricatura; pero ninguno tan curioso y digno de memoria como el descubierto por el padre jesuita Garucci, cerca del monte Palatino. Representa á Jesús clavado en la cruz y con cabeza de jumento.

La figura quizá más grandiosa que han producido los tiempos, el mejor de los hijos de los hombres, el que primero atacó de frente el poder de las castas sacerdotales y perversas, fué objeto de ludibrio y mofa para un criminal tal vez, pero seguramente fiel intérprete de lo que las muchedumbres pensaban.

Y como para que no quepa duda sobre ello, para que un mentís ó una torcida, aunque piadosa interpretación, no sea posible ni aún alegando que aquella figura puede representar uno de tantos criminales condenados al infamante suplicio de la cruz, Tertuliano nos dice que circuló por su tiempo en las ciudades una nueva figura del verdadero Dios: "es, añade, un gladiador que ha podido escapar vivo de las fieras; tiene un libro en una mano está representado con orejas de asno, con pezuñas y lleva debajo esta inscripción: *el Dios burro de los cristianos*."

El que hoy se presenta á los ojos, no ya del ferviente católico, sino hasta del más frío escéptico, como el primero de los bienhechores de la humanidad, sirvió en un tiempo de inspiración á una obra; infame si fuera producto de la imaginación de un individuo, pero que solo es el reflejo de lo que pensaba y sentía una sociedad entera. Tanto influye el tiempo aún en las ideas que parecen más arraigadas en el hombre. El error de hoy es la verdad de mañana; la justicia de ayer es en el porvenir un crimen, y tal sentimiento ó tal idea que miramos como la esencia del bien mismo, viene con los años á sumergirse en el olvido, como esos troncos que la mar

arrebata á unas orillas y que con sus olas de espuma sepulta luego en las arenas de otras playas.

III.

Aquella sociedad de la Edad Media, en que Vico creyó ver sólo la vuelta á la barbarie heroica, ofrece el carácter más definido que han presentado los siglos á la observación del historiador.

La religión lo absorbía todo. El siervo estaba sometido al señor, y éste al rey, y el rey al emperador, y el emperador al Papa, que podía á su antojo trocar en hereditarios los tronos electivos. Solo se alzaban en los campos, pobres villorrios, ó miserables poblaciones donde con frecuencia, la catedral era más fuerte que el castillo, y cuyas espaciosas naves solían trocarse en teatro de luchas homicidas, en que los ministros de paz se hacían soldados de la muerte.

La supremacía de la Iglesia era la única verdadera. Aquellos mismos señores feudales que podían dar de comer á sus halcones sangre de pecheros, ó ahorcar á los villanos en las enervadas de los caminos para pasto de cuervos y terror de hombres, suspendían el domingo sus rencores y, aunque animados del odio y la venganza, recibían humildes y prosternados el pan de Cristo de manos de un sacerdote, que luchaba al otro día en la contraria hueste, siendo el primero en la embestida y el último en la retirada.

La supremacía del poder eclesiástico era lo único cierto y fijo en aquella época; por una serie gradual de gerarquías, todo estaba bajo el poder papal; ante el legado del Pontífice se inclinaban todas las frentes; cuando el entredicho caía sobre un territorio, cuando la excomunión hería la frente de un rey, la sumisión y la fidelidad eran delito; en la puerta del castillo ó del palacio aparecía clavado con un puñal el pergamino escrito con caracteres rojos, encabezado con el nombre del Padre de los fieles, y pendiente el sello de plomo; hacíase entonces el vacío al rededor del rey ó del señor, y todos se apartaban de él como en la baja marea aíslan las olas á las rocas.

La contradicción reinaba por do quiera; los que ejercían el poder eran en realidad los débiles. Un movimiento instintivo llevaba á los pueblos á combatir, unas veces bajo las banderas de los

nobles contra las aspiraciones de los reyes, y otras á favorecer á éstos contra la ambición y la crueldad de los magnates; prueba evidente de que las muchedumbres presentian, al ménos, que nada bueno podian esperar de unos ni de otros. La Iglesia, rica y poderosa, predicaba la humildad y la pobreza; unas órdenes religiosas parecian viveros de magnates, y otras se mantenian de limosna; el villano, casi completamente esclavizado por unos señores, elegia ó dejaba libérrimamente á otros, diciendo como las antiguas bebetrias castellanas: *con quien bien me hiciere, con aquel me iré*; el caballero que al buscar aventuras era amparo del afligido y el menesteroso, era tambien cruel y vengativo en las batallas, y los mismos que en las córtes de amor y los torneos hacian más lucimiento y gala de ingénio y gentileza, eran sanguinarios y crueles en las discordias y las luchas civiles.

Las ciencias huian de las Universidades, que éran simples agrupaciones de sofistas teólogos, á refugiarse en los conventos, y la piedad fundaba en las abadías benéficos asilos para el viandante y el mendigo; sobre todas las voces, sobre todas las doctrinas dominaba como una gran plegaria el sonido de la campana. Como siempre que se olvida el estudio de la Naturaleza se creia en todo lo extraordinario y milagroso; las nubes del incienso con que se perfumaban los altares oscurecian, como al sol las nieblas, la inteligencia humana, y aquellos mismos frailes que más tarde habian de luchar contra la imprenta, consagraban su vida entera á copiar é ilustrar pergaminos para asegurar contra los embates del tiempo los tesoros que del fondo de la conciencia habian extraido, como de honda mina, el talento y la experiencia de los hombres: la verdad y la Iglesia estaban en contradiccion y en lucha. Todo lo dominaba el hombre de Dios y su poder inmenso era la única afirmacion precisa y clara que se alzaba sobre tantas monstruosas é indescifrables negaciones.

Si en la vida social reinaba un desórden tanto más perjudicial cuanto de más alto procedian sus causas, la vida privada, las costumbres, ofrecian el mismo espectáculo.

Rotos por la guerra los vínculos de la familia, que la religion mermaba además considerablemente en provecho de las comunidades, viviendo en la mayor carencia de comodidades, aún los más poderosos que hacian de vez en cuando ostentoso alarde de sus in-

útiles riquezas; pobres y miserables los villanos, fanáticos é ignorantes todos, todos animados de las mismas encontradas ideas y empeñados en hacerlas triunfar por la fuerza, jamás los hombres se hicieron en tan alto grado merecedores de la sátira.

La historia solo consagra sus miradas á los altos hechos del esfuerzo humano; elogia las grandes virtudes, se ensaña con las maldades y los vicios, y los hace en todo tiempo del dominio de la posteridad: los que viven tienen perpétuamente ante sí la amenaza de su crítica imparcial y severa, ó la esperanza del estímulo y el galardón de sus elogios; pero ciertos sucesos de segundo orden, ciertos hechos, al parecer de poca importancia, apenas merecen que el cronista los consigne en sus anales y el historiador los de lugar en sus trabajos. Además, en los tiempos que se vieron privados del poderoso auxilio de la imprenta era imposible legar al porvenir, como medio de provechosa enseñanza, esos mil y mil sucesos que diariamente ocurren, esas ideas que cuotidianamente nacen quizá para vivir solo unas horas, que hoy esparce la prensa periódica y cuyo estudio, sin embargo, revela mejor el carácter y el espíritu de un pueblo que las más elocuentes páginas hijas del saber y la meditacion, no tan espontáneas y sinceras como aquellas otras líbres é inspiradas en la ocasion y en el momento.

A estos movimientos, á estos hechos del día, á esos sucesos de actualidad, algunos de escasa importancia, corresponde y obedece la caricatura, arma que las clases populares aguzaban para zaherir y ridiculizar ideas y sucesos á que no podian oponer abierta y franca hostilidad.

No se puede por esto asegurar que todas las manifestaciones de lo cómico en las artes del dibujo, que de la Edad-Media conocemos, estén ejecutadas con verdadera intencion satírica: unas son solamente símbolos, obedecen otras al capricho de sus autores, pero en las más, claramente se vé la intencion del artista.

Inútil es afirmar que en la Edad Media, como en los tiempos antiguos no existe la caricatura sino en dos de las tres artes del dibujo; la escultura y la pintura, pues en el arte monumental no es posible la representacion comprensible de ciertas ideas, siendo como arte expresivo inferior á sus dos hermanas, como á su vez lo son estas á la música. Ocioso y absurdo sería, por tanto, pretender encontrar en la sucesion de los tiempos ó en las páginas de las his-

torias, la existencia ó la revelacion de un edificio que no obedezca á la ostentacion ó la necesidad, únicas ideas que inspiran al arte arquitectónico.

No pudiendo darse el elemento cómico en la arquitectura, primero en la escultura, y en el arte pictórico más tarde, se manifestó en la Edad-Media.

En el estudio de la caricatura de aquellas centurias, como en la del mundo antiguo, tienen gran importancia las figuras de los animales.

Tal vez reconozca esto por causa el que de cuantos documentos literarios se salvaron del gran naufragio de la civilizacion greco-romana, ninguno se hizo tan popular, durante los siglos medios, como las fábulas y apólogos que Fedro y Esopo debieron á su propia inspiracion ó á las literaturas orientales para enriquecer las de su patria.

Rudamente esculpidas en la piedra de un friso, groseramente talladas en sillerías de coro ó dibujadas y pacientísimamente iluminadas en libros y vitelas, se conservan en las catedrales de los siglos medios muchas de sus sencillas y hermosas lecciones, de moral saludables preceptos, muy adecuados ciertamente á aquella sociedad fuerte y viril, pero que desconocia los fueros de la razon y del derecho.

Anterior á la reproduccion de las antiguas fábulas, y muy fácil de confundirse con ellas, es la representacion de animales á quienes, como en Asiria, Egipto, Grecia y Roma, se atribuyen acciones propias de los hombres: perros y gatos que tañen instrumentos varios, lobos que apacientan rebaños, monos que se tiran del rabo unos á otros, formando caprichosos grupos con infelices perros á quienes atormentan, todo incorrectamente dibujado pero no sin facilidad y gracia, constituye la ornamentacion más frecuente de los breviarios, ilustrados quizá de tal suerte para que los reverendos padres que los leian tuvieran algun medio de combatir el sueño durante las horas de coro. Hasta los *Misereres* y cantos *De profundis* están ilustrados con aquellas orlas en que el artista dió á los antojos de su imaginacion rienda suelta, exornando las páginas con pequeñas figuras de horrendos mónstruos ó traviesos diablillos que se permiten operaciones risibles á la vista pero desagradables al olfato, que ora sacan, y no con la boca, sonidos á larguísimas trom-

petas, ora golpean panderos sobre el abdómen de cerdos que pulsan enormes liras con agudas tenazas.

Todos estos dibujos eran más cómicos en la ejecucion que satíricos en la intencion: si la habia, era en ellos la alusion tan indeterminada y vaga que, no solo para nosotros, hasta para los mismos contemporáneos de sus autores, permanecia ignorada en los más de los casos.

Inútil sería que nos obstinásemos en buscar caricaturas personales que tantos males hubieran podido atraer sobre la cabeza que las engendrara, pero, en cambio, hubo clases sociales enteras contra quienes el ridículo fué hábilmente manejado por artistas nacidos entre la tiranía y la opresion.

Aquellos ministros de la religion que olvidaban lo sagrado de su ministerio hasta hacer necesaria la correccion disciplinaria en sus superiores gerárquicos, ciertamente tan indignos y depravados como aquellos sobre quienes tenian jurisdiccion, ofrecian en todos los actos de su vida blanco á los tiros de la sátira.

En el seno de los Concilios, en las más importantes asambleas eclesiásticas, celebradas en aquella época, se hizo pública confesion de la degradacion y el envilecimiento del clero.

En el siglo VII un concilio convocado por Clodoveo II prohibió á las mujeres entonar en las naves de los templos canciones licenciosas y bailar con los ministros de la Iglesia. El arzobispo de Odon en el siglo XIII, á consecuencia de una visita á su diócesis, prohibió que las monjas se abandonaran á plácemes indecentes durante las grandes solemnidades, ó que bailasen entre sí ó con legos. En un concilio reunido en Sienna por Carlos VII de Francia, hubo orador que, animado del deseo de reprimir tales desmanes, alzó su voz en defensa de la moral: «hay, decia, curas bodegoneros, curas mercaderes, curas gobernadores de castillos, curas escribanos, curas alcahuetes; el único oficio que todavía no han ejercido es el de verdugo. Los obispos son más voluptuosos que Epicuro: entre las ollas es donde discuten la autoridad del Papa ó del Concilio.»

Andando el tiempo crecieron semejantes escesos. El célebre predicador Miguel Menot se quejaba de que los curas bailasen públicamente con las mujeres el dia que cantaban misa por vez primera, y un contemporáneo suyo tuvo tambien que defender desde el púlpito los fueros de la moral, execrando y haciendo públicos los

resultados que producía la facilidad con que los frailes entraban en los conventos de monjas, las orgías que allí se celebraban, y de cómo había reverendos padres que solo entraban en baile después de haberse quitado la sotana.....

Viviendo entre tales gentes, y dominado por ellas, nada de extraño tiene que los artistas, hijos é intérpretes del pueblo, dejaran en los capiteles y en los claustros de las catedrales, y hasta en los menores detalles de su decorado, la grotesca representación de aquellos desórdenes, entregándolos á un desprecio y una infamia más duraderos que el granito sobre que fueron esculpidos. Cerdos con hábitos de fraile, en cuyo brazo se apoyan zorras elegantemente vestidas, burros y tigres que predicán desde el púlpito, procesiones de lobos cubierto el hocico por la cogulla del agustino ó del benedictino, asnos que dicen misa, ayudados por perros y gatos, padres guardianes que se beben el vino de las bodegas de los conventos, constituyen el principal adorno escultural ó dibujado en determinados monumentos, templos generalmente, y de casi todos los manuscritos de la época que hoy se conservan en las más ricas bibliotecas de Europa. Con estas, ó semejantes figuras, están exornados los frisos, las paredes y hasta los menores espacios que eran susceptibles de aprovechamiento, y de este género son las portadas, iniciales, orlas y viñetas de los libros en los siglos que median del sexto al décimo cuarto.

Los fabulistas y poetas satíricos de la Edad Media atacaron en sus composiciones y sus obras aquella corrupción, tanto más perniciosa, cuanto que corroía lo más ilustrado, ó mejor dicho, lo menos bárbaro de la sociedad. A este sentimiento de hostilidad contra el clero y las comunidades religiosas, obedecen las principales producciones de la época.

Raynar el Zorro es quizá la más notable de todas, y seguramente la que gozó de más popularidad. Sucede con este poema, y en esto consiste su mérito, que como la mayor parte de nuestros antiguos romances, no es obra de la exclusiva imaginación de un individuo, sino producto de la popular inspiración; en vano sería pretender indagar el nombre del autor, ó de muchos de los autores, mejor dicho, porque más que poema es una serie de composiciones, cuya estilo revela personalidades distintas. Créese generalmente entre los críticos, que *El Zorro* debe su aparición á la

afición que, como hemos hecho notar, tenían los artistas en los siglos medios á reproducir las figuras de los animales, afición grandemente desarrollada por la lectura de las fábulas, ya que esto no fuera su causa ocasional.

En el siglo VII se cita, entre los poetas satíricos, al *Zorro* como encarnación de la astucia; en el IX, pasa del campo de las letras al de las artes del dibujo, pues se conocen de esta centuria alfabetos, cuyas mayúsculas están formadas, entre otros muchos animales, con zorros y raposas; en el siglo X, se hace más frecuente su representación, y del XII se conservan infinidad de obras en que aquel animal desempeña un papel importante.

Creer unos que el poema es de origen teutónico, sostienen otros que en Francia se produjo tan admirable obra, y todos convienen en que su popularidad fué grande y creciente. Indudablemente, la afición de los poetas y escultores de aquella época á atribuir á los animales, no solo las acciones, sino los sentimientos del hombre, produjo el *Zorro*, que como hace constar un notable escritor contemporáneo, tiene un marcado sabor feudal.

Lenient dice: "que en el siglo décimo-tercio, la obra satírica por excelencia y que domina todas las demás por su importancia y su popularidad, es el *Zorro*, vasta parodia que se representa, se habla y se escribe; compendio de todas las habladurías de la anterior velada, eco de los ecos que animan contra los grandes á los pequeños, de los proyectos políticos ó religiosos que atraviesan la mente de los hombres de Estado, de los frailes y los estudiosos, inmenso ciclo, en una palabra, en que se desarrolla bajo todas sus formas el génio de oposición. El poema el *Zorro*, ofrece en la forma y en el fondo una imagen fiel de la Edad Media: hasta lo que tiene de incoherente y confuso es un rasgo de verdad histórica."

Constituyen todo el poema una larga serie de episodios en que interviene gran número de irracionales, designados cada uno por un nombre particular: el zorro (*Renart*), el lobo (*Isengrin*), el gato (*Teuburg*), y muchos otros á quienes los poetas llevan de aventura en aventura, haciéndoles tomar parte en la lucha de Isengrin (la fuerza) y Renart (la astucia).

El señor feudal, el lobo, el barón sirve, á pesar de su brutal poder, de continuo juguete al zorro, personificación del clero: ya se vé caer á aquél en las trampas que éste le prepara y que des-